

**Sr. Tony Raful**  
**Semblanza del galardonado**

Cálices en los dulces días de madrigales en la ciudad. Polen en la altivez gozosa de los bosques como llovizna de luna traviesa, gozne menguante para el sueño y la hoguera, minúscula congregación del amor en la mirada como ala bermeja de pájaros y colmenas, andamio y trino para la llama y su gala de luz, vendaje de serpentinas para el andén oscuro de la palabra, galanura y terciopelo para la quimera y el delirio, celaje de hermosura, desguarnecido sonido de un delfín, prenda y latido, verja florida del encanto de vivir.

Oh la poesía, bóveda y pupila, barullo y corazón transido, rosa sonora en las rejas de la lumbre, ¿cómo convidar la ternura esquiva y la belleza altiva, la ondina espléndida y el blando suspiro sin el tierno embeleso de tus versos? ¿Cómo vivir el azar y la fiebre loca sin la liana y la guirnalda de tus besos? ¿Qué sería de la vida vacía sin tus antojos, sin la magia de tu pincel, sin tu añoranza y el tiempo perdido? Te busco y no te encuentro, te abismas, te fugas, aurora en puntillas donde mi corazón palpita. La tenaz poesía no es visible, delirio ciego que centellea y aletea en romería, condotiero del alma abatida, arpa de la niebla, fulgor que se asoma en la llama vaga del lobo y la paloma.

Abordamos la poesía y nos queda la vida como botija, sutil ensueño, vísperas del girasol y los duendes, esas alondras paralelas del rocío. Procuramos la poesía y alcanzamos al poeta Mateo Morrison, ciudadano rotatorio que ha circundado los textos poéticos como oráculo en una danza infinita, urdidor de imágenes que tipifican un universo de palabras, bajo una alquimia de colores que surten la ciudad, los amantes, las nostalgias, los clamores, toda la vendimia del sacrificio y el decoro. Si el poeta habla, hablan con él los elementos, las donaciones telúricas, el influjo de la ondulante energía, la porosa arcilla del tramada colonial, la gleba y el paisaje, ese el suyo, ese tono coloquial, esa complejidad que pulsa su lira, poderío de los sentidos.

No podemos prescindir de las palabras, pócima venturosa, en ellas describimos la placidez cubierta de la creación prodigiosa, recreamos como Huidobro, alteramos como chamanes el éxtasis sublime, divisamos nuevos mundos en el único mundo posible, alguien nos sueña cuando el sueño es todo el sueño de la vida, y la vida un vivaz espejo, un cortinaje espeso, una rosa que

florece subitánea en el recinto de los versos. Que nadie toque sus linderos, dejadlo imponente cantando el rumor y los azules lazos, el vértigo que calcina, la alta soledad, los férvidos amores, la diestra solidaria o el sol calado que invoca la bravura. Que nadie aparte al poeta de su dicha anegada, de su oficio antiguo poblador en el primer jardín de azahares y desde entonces errabundo, no ha dejado de cantar por todo lo que quiere, muere y vive. El poeta, decidor, fingidor según Pessoa, bajo el dosel del llanto y el enojo, subvierte y galopa, espíritu tendido que embala el destino.

El inmenso Octavio Paz, el maestro, nos dice: “La poesía es el lenguaje de la sociedad –pasión y sensibilidad- y por eso mismo es el verdadero lenguaje de todas las revelaciones y revoluciones. Ese principio es social, revolucionario; regreso al pacto del comienzo, antes de la desigualdad; ese principio es individual y atañe a cada hombre y cada mujer: reconquista la inocencia original”. Esta idea de Paz es consustancial con el verbo fundacional, en principio fue el verbo, la génesis, el acto invocado de levedad y azar de la palabra. Desde entonces toda supresión del lenguaje escinde y disuelve la creación. Todo conato de mímica o lengua gestual es diversidad plural de la necesidad social del habla. La poesía es el nombramiento de las cosas, el inventario de todos los asombros.

En su fluir incesante se renueva la palabra, las lenguas mueren y renacen, la belleza cautiva de un designio travesea en las lenguas muertas y lleva a Borges a estudiarlas para sujetar su esplendor, la impresión sumeria, el alba en la risa de los godos, la luminosidad, el amor y el perdón en arameo. La idea circular es la misma, crisol o metáfora donde el lirico portento presume su lengua prolija y decidora. El poeta Mateo Morrison está esencialmente asociado a un proceso creador de alta significación de la literatura dominicana, se trata del eslabón clave de un ejercicio sostenido en el siglo pasado, sistematizado por lo que Juan Bosch ha llamado la arritmia histórica. En ese desandar que el gigante Rubén Darío orientó con el modernismo prosiguieron los esfuerzos de Ricardo Pérez Alfonseca con su Oda a un Yo, las piruetas verbales del Vedrinismo, el vocabulario tristísimo casi panteísta de Moreno Jiménez y el Postumismo, como defensa cauta, pasiva ante el desafuero que los marines ocasionaban a la lengua, a la tierra.

Arritmia tan evidente que el poeta Fabio Fiallo, un juglar que amó la Patria hasta ser paseado como presidiario por el invasor, con su traje de lista por las callejuelas polvorientas de la ciudad pequeña de Santo Domingo de Guzmán, y a quien, si el concepto de patria se recupera prístino habrá que retribuir en homenaje votivo su patriotismo irreductible, a pesar de ser amigo íntimo de

Darío no asumió el modernismo, entonando su lírica melodía en los carriles del romanticismo agónico. Los saltos de la literatura dominicana son proverbiales, del localismo provinciano al hombre universal, como si fuera posible anular las raíces copiando los verbalismos y las adecuaciones del surrealismo, sin establecer un equilibrio, un tránsito eficaz de identidad y voz propia. Bretón llegó al puerto de Ciudad Trujillo entre vítores y traducciones de los mejores poetas galos de la época. La escritura automática produjo uno o dos textos importantes. Los años de la dictadura fueron escenarios de escrituras rimbombantes y de crisálidas.

Quedan sus nombres, orfebres y poetas mayores, dones de la inventiva verbal más hermosa, atrapados por un clima lóbrego de ditirambos y disensiones. Los años de la libertad explicitaron el torrente de la creación, la poesía se vistió de muchedumbres.” Arte y Liberación” y los muchachos del 60 tomaron las calles rebeldes. No hubo inconsciente que intentara estar por encima de las circunstancias, como dijo el crítico Joaquín Casaldueiro refiriéndose a la obra poética de Jorge Guillén. Y es entonces que Mateo Morrison aparece, escolar, incipiente, unido a las voces de la majestad social de los humildes, vinculado al trabajo cultural como un reproductor infinito de cultura. Al otro lado de la ciudad, del único puente entonces, en el ático de una escuela donde impartía clases de literatura, donde organizó y creó una entidad literaria, de jóvenes muy jóvenes, “La Antorcha”.

No hubo entonces, nombre más significativo, se trataba de dar luz, luz en los oscuros pasillos de la muerte y la ignorancia, porque eran días de post guerra y el encono y la maldad se enseñoreaban sobre toda noción de idealismo y utopías abribeñas. El poeta Morrison es la cabeza visible de todo el movimiento de poetas jóvenes de la post guerra, a su alrededor se organizaron círculos, grupos culturales, actividades diversas.

Morrison está presente en los recitales, en las tertulias, en los foros, en las lecturas de los grandes aedas, dirigiendo uno de los más formidables suplementos literarios de aquel tiempo esperado con ansiedad en medio del fervor y la pasión cultural. Eran tiempos de saberlo todo y de hablar de todo, de cine, de novela, de ensayos, de poesía, de historia, de arte, de danza, de teatro, de escultura, de música, de cultura popular y cultura nacional. Era tiempo de discutir de todo, de ir a la Universidad y pontificar los criterios, de quedarnos de pie aglomerados en la puerta del salón donde nuestro poeta nacional Pedro Mir explicaba la noción del período en la historia o hablaba de tres leyendas de colores, y todos nosotros absortos, alelados, oyendo a este profesor que hablaba rítmicamente y todo su

hablar se volvía poesía, las ideas, el mundo que se avecinaba y que nunca llegaría sino como visión tecnológica, electrónica e injusta sin reservas de futuro. Recuerdo una convocatoria de sacerdotes y diáconos para que los jóvenes poetas de entonces fuéramos a una reunión con los más altos dignatarios de la Iglesia Católica en Santiago. La idea era que trabajáramos en textos religiosos y pusiéramos música al destino de las palabras salvadoras. Fue una idea maravillosa, ahí estaba Mateo como vocero y ahí estábamos nosotros entonando cantos gregorianos en una ordenación temporal del paraíso en la poesía aquí en la tierra.

Si bien la poesía es un acto lúdico no es un acto inocente, juguetea pero traduce, es libre pero se compromete en el recinto humano y social. Una de las mayores distorsiones sobre los textos poéticos de Mateo incluye prejuiciada a una promoción literaria que se caracterizó por su pluralidad temática y a la que, se atribuye contenido político peyorativo. Nada más errado. A pesar de recibir influencias sociales determinantes, los poemas de Mateo y sus compañeros no son poemas coyunturales sino ejercicios de una riqueza conceptual interesante, promesas esenciales de aportes a la literatura, cantos de amor, nostalgia, vaciedad, otredad, llanto, que sobrevuelan el imaginario nacional. Búsquense los textos de Mateo y se encontrará en ellos la fuerza poética y el valor cultural de una expresión propia y vigorosa.

Cuando Mateo Morrison publicó “Aniversario del dolor” todos conocíamos los textos, lo habíamos visto leer en los clubes, era la impronta de un florilegio social y verbal que llegaba con sentido y tono discursivo poético a la gente, apretujada, colmada en aquel frenesí cultural que vivimos a finales de los años 60 y la década de los 70 del siglo pasado. Un día tomé sus poemas, los ordené, los pasé a maquinilla, y lo llamé para decirle que lo esperaba en la imprenta. No lo creía. Fue así como publicamos su primer libro con la colaboración de tanta gente buena y fraterna.

Ese “Aniversario de dolor” es la proa emblemática de aquella generación contestataria, decidida a cambiar el mundo antes que el mundo nos cambiara a todos: “Si van por América a buscar el dolor más profundo/ a inquirir por las heridas más antiguas/ encontrarían aquí 476 latigazos/ Si nos preguntaran:/ quién insertó tantos alfileres/ en le centro mismo de nuestro corazón/señalaríamos con los índices levantados/ los lugares precisos/ las geografía coloniales/ a base del sudor y de la sangre/ Si tratan de buscar el sosiego/ en los pechos de nuestras madres/ sólo encontrarían pezones envejecidos por el grito/ Y en verdad/ ha

habido sangre para llenar todas las fosas/ y lágrimas para borrar las cicatrices/  
Entonces ha faltado, no sólo fuerza/ para odiar al enemigo/ sino amor para los  
humildes/ que construirán la paz tras los escombros”.

La voz de Mateo en “Aniversario del dolor” es una apelación al amor, a su constancia en medio del dolor, por ello dice: “Sé que antes del odio fue el amor/ que las niñas ya doncellas/blandían sus sonrisas en los poblados/ y el niño casi hombre regaba con dulces piropos la llanura/ Y preguntarán entonces/ por que tienen mis versos/ este rastro de llanto recrecido/ Mi historia, es la historia de un niño/ que despierta y advierte el mundo como el dolo instituido/Que quisiera convertir en rosas y juguetes/ todas las espinas de la tierra/ Quería decir/ que antes yo hablaba del correr de las estrellas/ de lo hermoso de la tarde formándose de nubes/ de la flor, del horizonte y de las aves/ Pero desde hace poco/ mis versos tienen un rastro de llanto recrecido...”

Mateo Morrison es desde el principio, un enamorado de la vida, con una percepción del lenguaje que activa las fuentes más hermosas de la contemplación. Una tarde gris escribió “Intento destronar el mar”, habíamos paseado frente al mar junto al poeta Federico Jóvine Bermúdez, y aquel pedazo encrespado de algas y cardúmenes, ciguas que parecían arabescos, reflejos de la mugre y los arrecifes, alas distendidas sobre los almendros y el obelisco, sirvieron de marco escritural para que Mateo escribiera uno de los más bellos poemas jamás escritos al mar: “Intento destronar el mar con mis palabras/ a cada trazo cuestionar su existencia milenaria/ que las piedras formadoras de islas/ respondan hace cuanto tiempo impasibles/ reciben el golpeo de los mares/ Y lo hombres que creyéndole brazos jugueteaban / y dejaron sus esqueletos entre sargazos/ que nos digan si en sus fondo es también el mar/ desafiante y bravío/ Que los que fueron a sus orillas/ tomados de la mano, hablen si es cierto/ que sus vaivenes rebosan el corazón de los amantes/ Y que cardúmenes a coro nos relaten/ cómo es posible vivir en una habitación de tantas aguas/ Y lo de la sirena/ si es cierta su existencia y sus encantos/ y si no, seguir escuchando sus voces en los sueños;/ (Plenitud de la vida)/ Por eso/ intento destronar el mar con mis palabras”.

El poeta ama la música porque la música es la clave imperiosa de toda propuesta de armonía, y nunca la música alcanza mayor eternidad que cuando el cuerpo se escapa de la gravedad, en una levedad misteriosa, compás de belleza alzada hacia el abismo de todos los cielos. Por ello su poema a Alicia Alonso está a la altura de su grandeza: “Nace un nuevo abismo/cuando Alicia regala su

universo/Danza la poesía/cuando sus manos y sus pies nos estremecen/ Flotan nuestros corazones adheridos al viento/ por espacios nunca vistos/El tiempo y la gravedad/ atrapados por sus leyes se destruyen/para que habiten nuevas constelaciones /en nuestros ojos". En Visiones del transeúnte, el poeta dialoga, inquiera, adecua la palabra, nos envuelve: "Ojo vibrátil de I mañana/ ojo acuoso de sales/ dónde está el mar/ Dónde los peces bañándose/ en enorme olas impetuosas/ -pregunta el transeúnte-/ dónde está el mar/ Y el dedo señala el horizonte:/ dónde está el mar/ La cabeza da vueltas en una enorme mesa/ el índice de nuevo señala el horizonte/ y el mar aparece de pronto/ humedeciendo los ojos infinitos del futuro"".

En un texto correspondiente a espasmos de la noche, el poeta establece un "Decálogo reflexivo" sumamente interesante: "Hay un sonido irreconocible para mí/ Hay una huella que me es indiferente/ Hay un lugar imposible de regresar/ Hay instantes en que desaparecen todos los sentidos/ Hay recuerdos intentando convencerme/ de que existe un lugar de eternidades/ Hay sentidos diferentes a los cinco impuestos por el sistema/ Hay árboles muertos transformándose en piedras/ y hay piedras que adquieren existencia vital/ Hay estrellas que desaparecieron hace millones de años/ y aún alumbran a los poetas en las noches silentes/ Hay seres naciendo y ellos mismos diseñan su tumba/ Hay amores nunca consumados y es mejor".

El poema "Retornar a tu vientre" es una declaración de amor al amor más alto que pueda concebirse, a la madre, ida a destiempo, viva todavía mientras el poeta viva y la sueñe y la sienta en el hospedaje de ternuras que ella ofreció generosa a sus hijos, por ello hay una posibilidad que el poeta no anula, ¿desde cuándo el amor no hace milagros? ¿Desde cuándo no volvemos a empezar de nuevo bajo un primor de ensueños? Veamos:" He oído mi nombre/adelgazado en tu voz/ Me llamas desde un jardín/ creado por tus manos/ Entre sonidos dulces/ que casi no percibo/ me dices "la muerte ya no existe"/ Nuestra separación fue ficticia/ y la mejor prueba/ es que me cuidas/ para el llamado posible/ de volver a habitar/ tu vientre de rodillas". Mateo da pinceladas de apego y deslumbramiento, se ata al fuego fulgurante de las imágenes, y sus versos adquieren una proyección trascendente: "Nadie tendrá pretextos/ para desdecir la unión/ entre la metáfora y la luz/ La imagen y un árbol de colores/ La vida que se puebla de fantasmas y la muerte/ que crea cada sueño al nacer".

En el erotismo de la poesía de Morrison hay lugares donde levita la nostalgia, la irrecuperable sensación del amor en la infancia, ese asomo tenue

que reclama promesas de vivir nuevamente, por ello dice: “La timidez me impidió ver tus senos cuando nacían. No eran más que círculos señalando tu pecho. Pero así fue mejor, creció mi imaginación y creí verlos a través de la ventana que unía nuestras casas. Cuando vuelva a nacer como espero y yo me adhiera a ese milagro no seré tímido. Y creceremos juntos alimentados por miradas y sonrisas, a través del ancho patio donde nacían las brisas que el tiempo ha convertido en ventarrones que derriban los techos de los pobres. Contaremos historias inventadas. Seremos niñas y niños abrazados transmitiéndonos energía y haciendo parir los frutos. Soñaba una mañana cuando el campo se fue convirtiendo en ciudad y bruscamente desperté, miré tu ventana y una sirena anciana ya como nosotros, nos había despertado y ya no podíamos jugar pero te aseguro que volveremos a nacer”.

La obra de Mateo Morrison es amplia, no solamente ha escrito buena y extensa poesía, sino ensayos importantes sobre la temática socio cultural, legislación y derechos culturales en la República Dominicana, es uno de los delineadores de las políticas culturales, incluso ha publicado una novela, “Un silencio que camina”, ha sido el organizador por excelencia de todos los congresos y foros internacionales y nacionales sobre la difusión de la poesía, su nombre está presente en las más exigentes antologías, su poesía está traducida a varios idiomas, ha sido reconocido en el país y fuera del país como un expositor eminente de la poesía dominicana contemporánea.

Nadie puede abordar la poesía dominicana de los últimos 40 años, el afanoso batallar, la creación de círculos y pequeñas escuelas del pensamiento cultural y literario, sin citar su nombre, su estampa, su figura clásica de versificador y poeta ilustre de vanguardia. Si Mateo no hubiese existido el país habría tenido que inventárselo, requerirlo, adoptarlo, rehacer su oficio, diagramar su estatura, coloso de la sencillez humana y del esfuerzo individual y social, paradigma del presente dominicano.

Los poetas avizoran en la impresionante riqueza del idioma, en su multiplicidad expresiva, como se fuga la luz en el desgaste de las formas, la combustión de las imágenes, en lo que el poeta Miguel Serrano asegura que se nos escapan las iconografías, las leyendas, las narraciones, el futuro se desbanda en la última imagen, el final del tiempo, donde el tiempo es una lanza de luz que nos desgasta y nos cansa. ¿Qué nos queda? La esencia de la lengua que retiene el trance de lo nombrado y lo vivido. Su libertad es ilusoria, nadie es libre absolutamente porque toda experiencia incluso la de la palabra es una búsqueda

de la totalidad, ausente de la civilización moderna o post moderna como dijo Jung. Pero la poesía es la más libre de todas las provocaciones intelectuales, la más placentera de todas las percepciones, y un poeta es un perfecto y fiero chamán, que hace del verso y la metáfora, instrumentos de una aurora verbal y trance estético de fulgores y hallazgos.

Señoras y señores, un poeta es Mateo Morrison, y un placer es estar esta noche festejando este reconocimiento merecido, este Premio Nacional, junto a los distinguidos miembros del Jurado seleccionador y al Ministerio de Cultura y sobre todo a la Fundación Corripio, verdadero ejemplo nacional, del trabajo honrado y de la sensibilidad y el respeto por las artes y por la magna poesía.

Salud Poeta, felicidades, Premio Nacional de Literatura.

Lic. Tony Raful Tejada

Miércoles 17 de febrero del 2010.

Santo Domingo.